

III

LA ARGENTINA DEL OCHENTA

1. Antes del Ochenta.
2. Después del Ochenta.

EL BIBLIOTE.COM

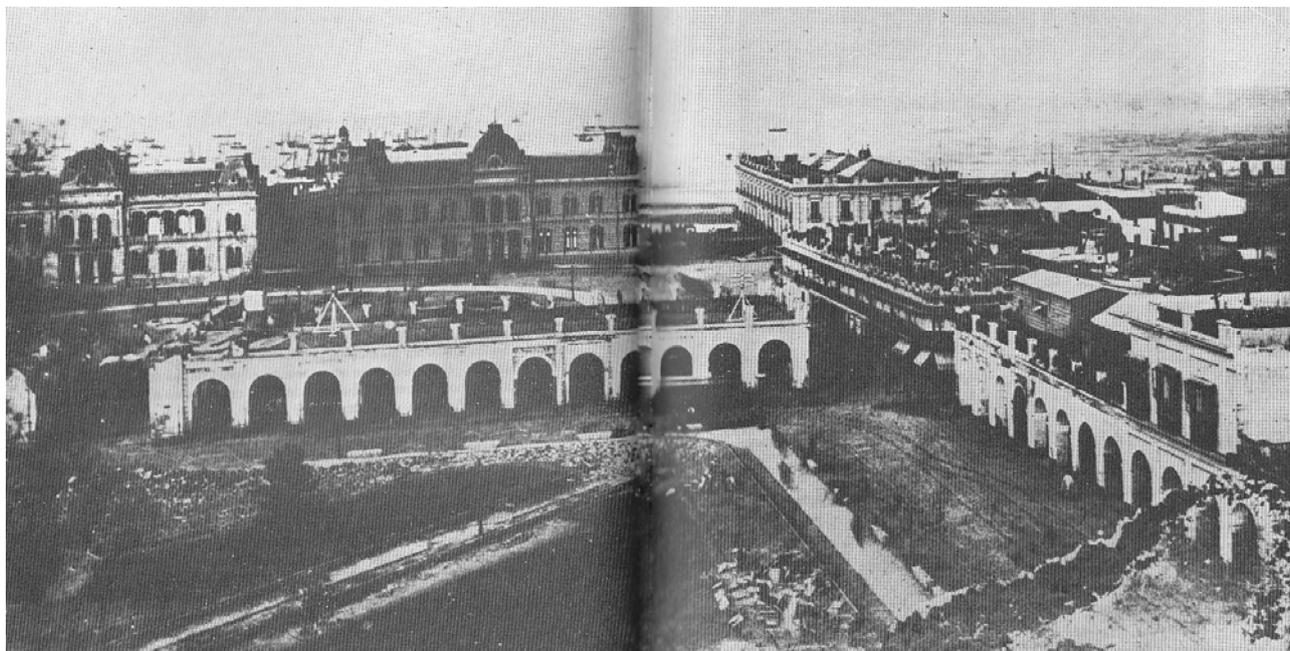
1. ANTES DEL OCHENTA

La oligarquía.

La Argentina visible y audible que era "todo el país" para los contertulios del club del Progreso y de los centros sociales provincianos, era apenas una parte de quienes habitaban la República: una clase de la sociedad, pero que se pensaba y sentía como la sociedad entera. La gente anónima que pastoreaba el ganado en la campaña, laboraba en las ciudades los escasos productos permitidos por la libertad de comercio, o simplemente vegetaba en el ocio de las orillas, no pertenecía a la *polis* ni reclamaba otro derecho en ella que sostenerla como soldados de línea o vigilantes de facción.

Los integrantes de la clase gobernante se repartían exclusivamente los cargos públicos en un juego electoral de oficialistas y opositores de salón —alsinistas o mitristas— alternativa o conjuntamente partícipes del poder. A veces se daba colorido a la discordancia con la sangre de algunos chinos arrastrados por lealtad criolla a los combates de los atrios electorales o de las periódicas "revoluciones" de las aldeas, pero no tardaba en llegar la *conciliación* o el *acuerdo* y Mitre y Alsina se daban un abrazo histórico y distribuían fraternalmente los cargos públicos.

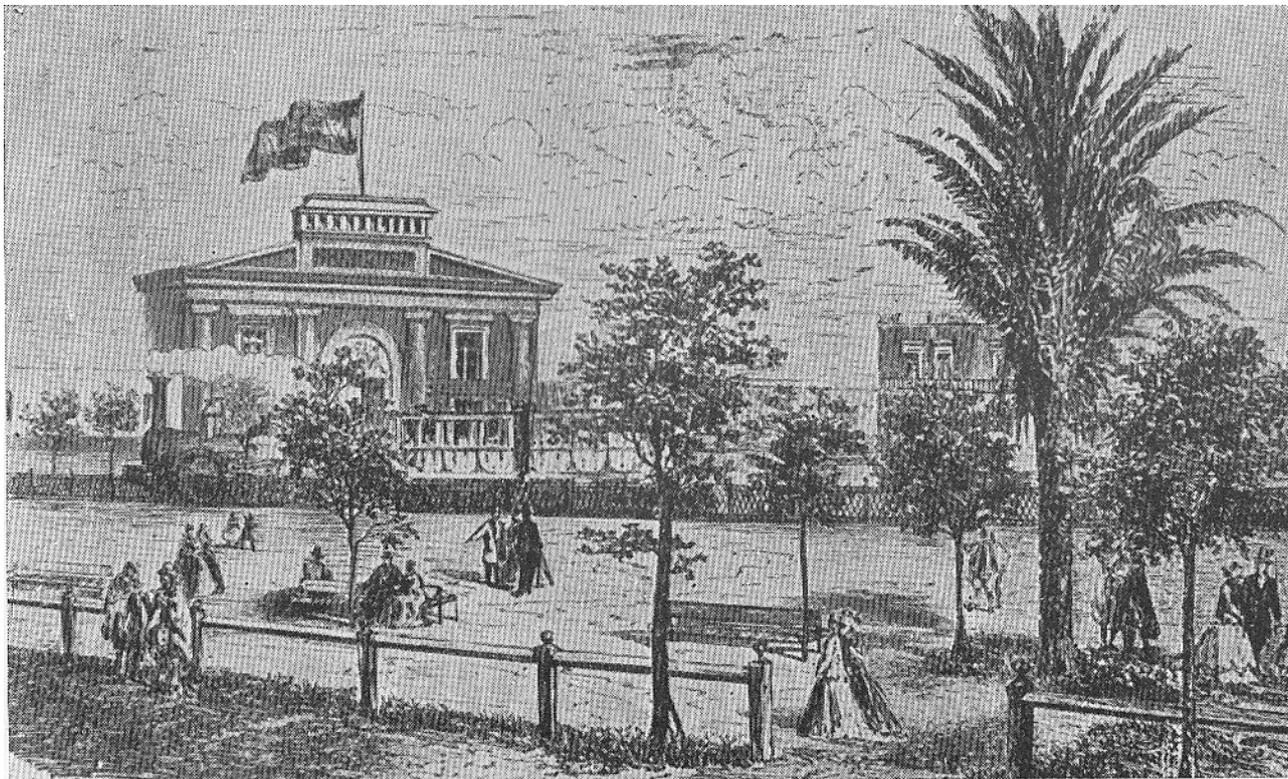
De esta única clase salían los abogados de los bancos extranjeros que regulaban el crédito y daban valor a la moneda, los asesores de las empresas ferroviarias con directorios en Londres que fijaban las tarifas del transporte y cobraban, además de ganancias que nadie fiscalizaba, "garantías" semestrales por pérdidas inexistentes. Para los lectores de esa clase única se editaban los diarios vernáculos, o se escribían poemas nativos donde gauchos del Bragado narraban óperas de Gounod en estilo criollo.



Era una clase y no una casta. Abierta a quienes compartieran la convicción de ser "todo el país", no excluía a nadie por razón de nacimiento o posición económica. La unidad la hacía la conciencia, y de ninguna manera la sangre (repudiada en una república) ni tampoco el dinero; aunque es comprensible que éste facilitase el ascenso. Se llegaba cuando se tenía el talento de no rozar intereses ni prejuicios, y abreviaban la subida o sostenían en los

inevitables tropezones las fraternidades ocultas o semiocultas —cofradías religiosas de creyentes o logias masónicas de descreídos— donde convenía ingresar y obedecer a riesgo de quedar en el primer tramo de la escalera.

En el recato del club del Progreso o en los consejos de *notables* periódicamente reunidos, alsinistas y mitristas arreglaban el país en junta fraternal porque las discordancias políticas no llegaban al rencor en una sociedad de caballeros. Lo esencial era tener una conciencia de clase (sustituir la clase al país), que lo demás no pasaba de asperezas tolerables.



El Parque en 1888

La Argentina invisible.

No había pueblo. Los gauchos habían sido exterminados, amedrentados o rebajados hasta el aniquilamiento. El consejo de Sarmiento a Mitre al día siguiente de Pavón de no ahorrar sangre de gauchos “abono útil a la tierra”, no había sido una frase aislada y poco feliz del tremendo sanjuanino. Las matanzas de Flores, Sandes, Irrazával, Arredondo y tantos coroneles de Mitre, y el exterminio de los montoneros del Chacho, Felipe Varela, Juan Saa o López Jordán —impotentes caudillos de una Argentina que irremediablemente se iba— desangraron el interior y estabilizaron las oligarquías aldeanas. El “cepo colombiano”, los contingentes de “voluntarios” para morir en los esteros paraguayos, y la guerra de fronteras contra indios bien armados y bien montados (*Martín Fierro* no es un poema de imaginación) hicieron lo demás.

No se pudo acabar con un pueblo íntegro en esa masacre continua de criollos que fue de 1861 a 1878 (de Pavón a la expedición al desierto), sin duda la página más negra de nuestra historia. Pero aquello que quedó no contaba. Los hijos de Martín Fierro y del sargento Cruz fueron educados en las escuelas de Sarmiento a despreciar a sus padres por bandoleros y hacerse perdonar su pecado original amoldándose a los dueños del cepo, el contingente y la partida. Aquel Viejo Vizcacha “gaucho renegado” con “un empaque a lo toro”, que “vivía en los bañados” y “mató a la mujer de un palo/porque le dio un mate frío” (caricatura cruel de Sarmiento inexplicablemente inadvertida por los comentaristas de *Martín Fierro*), era “el señor, que debería darles educación” a los hijos del gaucho perseguido y calumniado. Educación que consistía en aceptar mansamente la derrota (“el que gana su comida/bueno es que en silencio coma”) o medrar bajo la protección de los nuevos dueños en esa Argentina que ya no era de ellos (“hacete amigo del juez/ no le des de qué quejarse, / y cuando él quiera enojarse / vos te debes encoger”).

El pueblo criollo reducido a los Vizcachas acomodados o los Picardías malandrines poco contó en la sociedad argentina de la segunda mitad del siglo. La libertad de comercio del 53 trajo la invasión de maquinofacturas baratas que acabaron con las tejedoras y carpinteros protegidos por la ley de aduana, los carreteros y troperos fueron eliminados por la competencia desigual del ferrocarril, desaparecieron —milagros de la custodia fronteriza

y la usura rural— las "suertes" de pequeñas estancias y el régimen de aparcería de los arrendamientos pastoriles. Y poco a poco los rezagos de la población criolla, los nietos de los forjadores de la Conquistados hijos de los bravos de la Restauración, se refugiaron a malvivir en el ocio de las orillas como una masa extranjera en la tierra que había sido de sus mayores. Allí "con frases capciosas sus virtudes fueron tergiversadas en vicios, su valor en compadrada, su estoicismo en insensibilidad, su altivez en cerrilidad"¹.

"No tiene hijos ni mujer
ni amigos, ni protectores
pues todos son sus señores
sin que ninguno lo ampare...
Él nada gana en la paz
y es el primero en la guerra,
no le perdonan si yerra
que no saben perdonar,
porque el gaucho en esta tierra
sólo sirve pa votar"².

Cumplíase el ideal de Caseros. Una Argentina donde una clase racional fuera *todo el país*. No quedaron masas populares con conciencia de ser la patria, ni incómodos caudillos que las condujeran. El gaucho y el orillero no fueron una realidad política, sino un problema de policía y de cárcel. Alberdi había pedido en sus Bases que la constitución cambiara "nuestras gentes incapaces de libertad", y Sarmiento advertido en sus sinceros *Comentarios* que "la constitución de las clases populares son las leyes ordinarias, los jueces que las aplican y la policía de seguridad".

¹ R. Scalabrini Ortiz, *Historia de los ferrocarriles argentinos*.

² Martín Fierro.

Los inmigrantes.

Pero una sociedad no puede vivir sin brazos que amasasen el pan, manos para salar el charque, músculos que golpeen las fraguas. Era imprescindible una clase de gente laboriosa que cumpliera las funciones inferiores, pero necesarias, de la convivencia social.

Entonces vinieron los gringos.

La Argentina de Caseros, "para realizar la República ciertamente", había llamado a los sajones por la pluma del Alberdi de las *Bases*. Si "la libertad es una máquina que como el vapor requiere maquinistas ingleses de origen", el gobernar es poblar exigía una repoblación "con las razas viriles de Europa" después de la imprescindible despoblación de los criollos "incapaces de libertad". Pero no llegaron los "obreros ingleses que trabajan, consumen, viven digna y confortablemente" a hacer una república apta para la constitución que se copiaba; ni siquiera con la promesa de consentirles "el encanto de nuestras hermosas y amables mujeres" que serían mejor fecundadas por ellos que por nosotros. La inmigración sajona que soñaron los teóricos del 53 se redujo a gerentes y técnicos de las empresas adueñadas de la Argentina. En cambio, aprovechando las franquicias se coló sin invitación por los puertos de Buenos Aires y Rosario una muchedumbre famélica y laboriosa de napolitanos, gallegos y vascos ante el estupor de Alberdi que clamaba en 1871 por la tergiversación de su gobernar es poblar: "poblar es un arte, una ciencia; pero poblar es apestar, corromper, embrutecer, cuando se puebla con las emigraciones de la Europa atrasada"³.

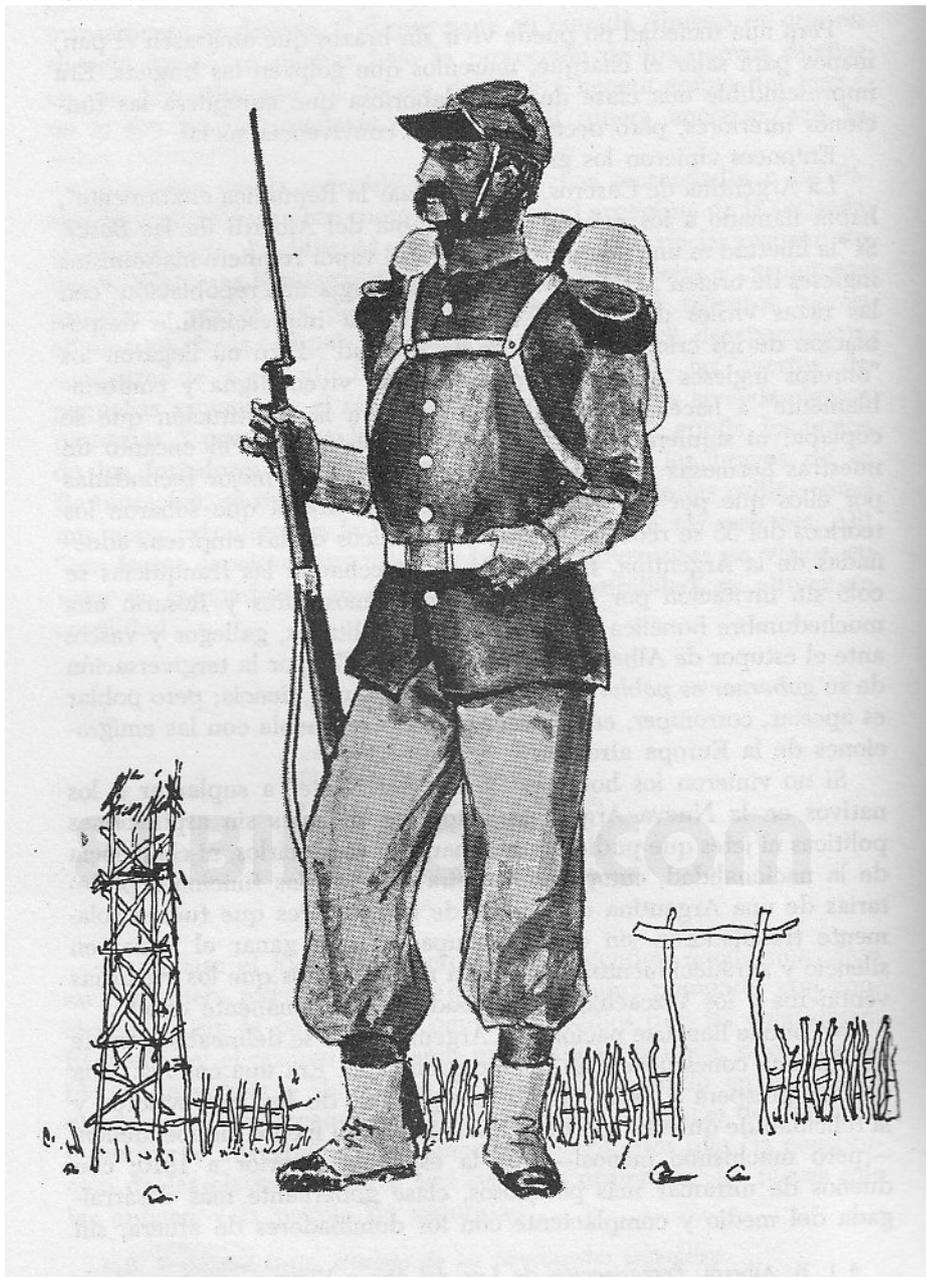
Si no vinieron los hombres "viriles del Norte" a suplantar a los nativos en la Nueva Argentina, estos meridionales sin aspiraciones políticas ni jefes que pudieran inflamarlos y conducirlos, ni conciencia de la nacionalidad, cumplirían admirablemente las funciones proletarias de una Argentina necesitada de trabajadores que fueran solamente trabajadores, sin otra preocupación que ganar el jornal en silencio y agradecimiento. Resultaban más cómodos que los Picardías ventajeros y los Vizcachas aprovechadores del remanente criollo.

³ J. B. Alberdi, *Peregrinación de Luz del Día o Viajes y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo*.

No puede llamarse nación a la Argentina que se delineaba, porque faltaba una conciencia y un pueblo nacionales. Era una colonia. Una colonia próspera y feliz, con la prosperidad de los imprevisores y la felicidad de quienes ignoran. Una colonia con menos independencia — ¡pero muchísimo menos!— que la española anterior a 1810; con dueños de ultramar más poderosos, clase gobernante más desarraigada del medio y complaciente con los dominadores de afuera; sin gauderios, orilleros o menestrales que formasen en los alardes y reseñas de las milicias o acudieran a la plaza al llamado de su caudillo cuando la patria estaba en peligro; con vencidos reducidos al ocio en reducciones y encomiendas más miserables que las indígenas del siglo XVIII; y donde una multitud de esclavos blancos, tan bozales como los africanos y más ausentes de la sociedad que ellos, cumplían admirablemente la función de clase inferior y laboriosa.

Una colonia para una o dos generaciones, porque nacerían los hijos de los gringos y... pero esto es otro capítulo que no pertenece a la historia de la confiada oligarquía de la segunda mitad del siglo pasado.

La generación de Caseros.



Los hombres de Caseros —Mitre, Sarmiento, Alberdi, Frías, Tejedor, Mármol, Juan María Gutiérrez— vivieron convencidos que laboraban por el bien de la patria, el pueblo y la libertad. Sólo que no las pensaban como cosas concretas sino en generosas abstracciones compatibles con el dominio de afuera y ejercidas solamente por su clase que llamaban "racional". Una patria sin *patres*, un pueblo sin *demos*, una libertad para pocos. Se creyeron positivistas y materialistas pero eran románticos y desprendidos. Pocos morirán en la opulencia, y hasta Norberto de la Riestra, el gestor del dominio financiero británico después de Caseros, no labraría una fortuna acorde a sus servicios. Obraban por patriotismo (así lo creían), y no se exige precio cuando se cumple un deber.

La enseñanza de la historia.

El gran instrumento para desargentinar la Argentina y hacer de la Patria de la Independencia y la Restauración la colonia feliz del 80 había sido la falsificación de la historia.

No bastaba con la caída de Rosas ni con las masacres que siguieron a Pavón. Era necesario dotar a la nueva Argentina de una conciencia compatible con el dominio de una clase y el tutelaje foráneo. La patria ya no sería la tierra, o los hombres, o la tradición, sino las instituciones copiadas, la libertad restringida, la civilización ajena.

Pero nuestra historia era el relato del nacimiento, formación y defensa de una nacionalidad. Había en ella — como en toda historia nacional— emoción de pueblo, gestos de conductores, coraje de auténticos patricios. Por eso la preocupación primera de los hombres de Caseros aun antes de la constitución a copiar y los extranjeros para poblar, fue la falsificación del pasado: dotar a los argentinos de una historia "arreglada" (la palabra es de Alberdi), de "mentiras a designio" (la frase es de Sarmiento), que enalteciera la civilización ajena en perjuicio de la *barbarie* nativa.

Se amañó el pasado. Se adaptó (como en toda América) la leyenda negra de la conquista española: Juan María Gutiérrez, el rector de la universidad de Buenos Aires, hablaría de los *cruels* conquistadores y *lujuriosos* frailes que España nos mandó para nuestro mal. Se mostró a la Revolución de Mayo como un complot de doctores ansiosos de libertad de comercio y constituciones escritas; para llevar sus beneficios fueron Belgrano al Paraguay y San Martín a Chile y el Perú. No había tierra ni tradiciones; nada de eclosión turbulenta y magnífica de un pueblo que brega por su independencia; todo pasaba en una sola clase social; todo ocurría por móviles extranacionales. Don Bernardino Rivadavia, de vinculaciones con empresas británicas, que gobernó de espaldas a la realidad, dislocó el antiguo virreinato en cuatro porciones insoldables, e hizo dictar en horas de guerra internacional una constitución que levantó contra su gobierno a todo el país, fue presentado como el Grande Prócer de la Argentina. Su efigie será la principal de los sellos postales, y cuando se pensó en 1873 en fundar una ciudad mediterránea para capital de la República, se la llamaría *Rivadavia* como se llamó Washington la capital norteamericana.

El arreglo resultó fácil hasta los tiempos de Rivadavia, porque la leyenda negra había sido preparada por los enemigos de España retaceando y tergiversando auténticos materiales españoles, y la concepción minoritaria y extranjerizante de la Revolución existió realmente, si no en los patricios de 1810, en los *mayos* de 1838. Era cuestión solamente de ocultar la presencia del pueblo en las jornadas de 1810, en el grito de Asencio, en la noche del 5 al 6 de abril, y negarlo como montonera cuando irrumpió en el litoral llegando a la plaza de la Victoria en febrero de 1820. Se llamó *anarquistas* a los conductores de ese pueblo con Artigas a la cabeza, y se calificó de *próceres* a quienes buscaban por Europa el dominio extranjero que asegurase el dominio de su clase. San Martín y Belgrano no fueron presentados como hombres de pensamiento político definido, ni expuestas sus opiniones sobre las cosas y la gente de la tierra, sino como héroes de alto, pero único, valor militar.

Con esos materiales se podía fabricar la historia de la primera década independiente y avanzar en la segunda hasta el fracaso de Rivadavia "por las ambiciones y barbarie de los caudillos". Fue lo que hicieron Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. Aquél en la *Historia de Belgrano y la independencia argentina* con alcance a la muerte del héroe epónimo en 1820, y éste en la *Historia de la revolución argentina* que llegaba hasta los tiempos de Dorrego en 1828.

Ne se podía avanzar más allá. Porque más allá estaba Rosas.

Y la época de Rosas era un problema. Había una nacionalidad enfrentando las fuerzas poderosas de ultramar, un pueblo patriota imponiéndose a una minoría extranjerizada, un jefe de extraordinarias condiciones políticas venciendo a los interventores extranjeros y sus auxiliares nativos. Debía pasarse por alto la creación de la Confederación Argentina, el entusiasmo y participación populares, y sobre todo la defensa de la soberanía contra las apetencias extranjeras. No se podían separar los "ejércitos libertadores" ni las "asociaciones de Mayo" de las intervenciones foráneas y su fondo de reptiles, ni disimular el cañón de Obligado, ni la victoria de los tratados Southern y Lepredour, ni la derrota por Brasil cuando el Imperio adquirió al general (y con el general, el ejército) encargado de llevarle la guerra.

No. A la época de Rosas debía borrarla de la historia argentina, negarla en bloque, condenarla sin juicio: *tiranía* y nada más. Lo dijeron en claras palabras los legisladores que condenaron a Rosas como *reo de lesa patria*: "No puede librarse el juicio de Rosas a la historia... Si el juicio de Rosas lo librásemos al fallo de la historia, no conseguiremos que sea condenado como tirano, y sí tal vez que fuese en ella el más grande y glorioso de los argentinos", dijo sin ironía Nicanor Albarelos en la cámara de diputados porteña: "Nuestra historia puede poner en duda si el pueblo de Buenos Aires execró o no a Rosas, y esto sería un baldón, una mancha, si nosotros como representantes del pueblo dejáramos al tirano sin esa condena".

Para la enseñanza escolar bastaba rellenar los años posteriores a 1829 con el cortejo de horrores que iba desde incestos con Manuelita a cabezas de unitarios vendidas como duraznos por las calles de Buenos Aires. La presentación del *monstre sudaméricain* que sirvió en Europa para disfrazar la aventura imperialista como cruzada por la humanidad, fue presentada a los niños argentinos en dosis educativas para inspirarles horror a los tiranos y amor a la libertad. Contra el monstruo lucharon veinte años los próceres en patriótico aislamiento: se borraron las intervenciones de 1838 y 1845 y la guerra con Brasil de 1851 como si no hubieran ocurrido. El Catecismo de la Nueva Argentina mostró un gran demonio rojo perseguido sin tregua por los ángeles celestes, hasta que finalmente el Bien se impuso sobre el Mal como debe ocurrir en los relatos morales.

En la universidad el cuadro variaba. Rosas era siempre el monstruo y sus enemigos los hombres de bien; pero su mayor crimen había sido postergar la constitución, objeto exclusivo de la Revolución de Mayo. Hasta que uno de sus tenientes convertido oportunamente al constitucionalismo cumplió la obra patriótica de vencerlo. Llegó la ansiada constitución en 1853, pero como Urquiza tenía resabios de caudillaje debió esperarse a su derrota en Pavón para que los goces de la libertad se extendieran por toda la República. Con la asunción de Mitre en octubre

de 1862 se detuvo la historia argentina. Más allá no había nada, fuera del corto epílogo del Paraguay para abatir otro tirano en beneficio de su pueblo oprimido.

El sistema político.

De los "poderes" creados por la constitución el más válido era el presidente; tan válido que cada renovación presidencial costaba una guerra civil⁴. El presidente —llamárase Mitre, Sarmiento o Avellaneda— tenía la suma de poderes, pero no era un dictador. *Primi inter pares* de una oligarquía, su misión era interpretar la voluntad de sus iguales a través del sector que lo llevó al gobierno, pero sin descuidar los intereses superiores de la totalidad de la clase gobernante.

La voluntad del partido gobernante, o de la *conciliación* si la había, se manifestaba en el *acuerdo de ministros* donde estaban representados los matices del momento político que se vivía. El acuerdo, presidiera Mitre, Marcos Paz, Sarmiento o Avellaneda, tenía la última decisión y el presidente se inclinaba ante él. Los ministros no renunciaban por desacuerdo con el presidente, sino por "desacuerdo con el acuerdo", como Eduardo Costa y Rufino de Elizalde en 1867.

En casos graves debía actuarse por toda la oligarquía. Entonces se llamaba a *junta de notables* con presencia de lo más selecto de la política sin distinción de partidos. No era una institución del texto constitucional (tampoco lo era el "acuerdo"), pero tenía más vigencia que el congreso de la ley escrita.

⁴ El congreso pesaba poco; el "poder legislativo" no era poderoso, solamente decorativo. El senado constituía un refugio de ex gobernadores provinciales y ex presidentes nacionales que discutían con brillo e ineficacia el alcance de los arts. 5 y 6 de la constitución, o las atribuciones del "poder ejecutivo" para declarar un estado de sitio que éste no habría de levantar. La cámara de diputados, un foro donde los abogados recién egresados ensayaban sus dotes oratorias. La Corte Suprema, integrada por políticos retirados, se cuidaba de no rozar con sus fallos la orientación presidencial.

Mucho más importante era la prensa, no ya el "cuarto poder", sino el segundo en la república oligárquica. La libertad de prensa era la más respetada de todas las libertades —mucho más que la elección o decisiones de senadores y diputados— porque por ella se expresaba la clase gobernante. Claro que esa libertad era relativa para la prensa popular sobreviviente.

"¡La prensa! (en la Argentina de 1871) —dice uno de los personajes de *Luz del Día* de Alberdi—. Tiene por objeto ocultar la verdad; los periódicos son publicados para evitar la publicidad, para oscurecer los hechos. Son los enemigos naturales de la verdad y de su luz, porque la verdad los apaga como la luz del día aniquila la luz de la vela. La prensa es como esos teatros hechos para dar espectáculos diurnos con luz artificial; todo su objeto es evitar que penetre la luz del día para que no extinga la luz escénica".

Las oligarquías provincianas.

Los gobiernos de caudillos populares desaparecieron con el sistema rotativo de las constituciones provinciales, y la injerencia de las salas —no ya de padres de familia como en tiempos de Rosas, sino de jóvenes doctores recién llegados de Córdoba— en el manejo de las cosas locales. Sólo dos caudillos se mantuvieron hasta sus muertes en 1870 y 1871: Urquiza en Entre Ríos y Manuel Taboada en Santiago del Estero. Para ellos no hubo frenos con la rotación periódica o los incisos de las "atribuciones legislativas". Éste tenía siempre un pariente a mano para cumplir el interinato; aquél encontraba fácilmente algún José Domínguez que gobernase bajo sus órdenes. Como tenían auténtico prestigio y la "milicia" era suya, nada se pudo contra ellos⁵.

⁵ El caso *Montes* en Santiago del Estero es aleccionante. Alejandro Segundo Montes, pariente de Taboada, era gobernador en 1871 y fue, como tal, a la exposición de Córdoba inaugurada por Sarmiento. El contacto con los demás gobernadores y los doctores que acompañaban al presidente, le hicieron pensar que debía emanciparse del caudillo lugareño. A su regreso a Santiago se le dio un banquete, donde habló de la preeminencia "de los hombres de levita" que, lógicamente, no gustó a don Manuel Taboada. "Desde ese día —comenta Sommariva— los sucesos se precipitaron amenazantes. Las órdenes del gobernador eran desobedecidas y un molesto círculo oprimente empezó a estrecharse en torno suyo" (*Historia de las intervenciones federales en las provincias*, tomo I). El banquete fue el 18 de junio; el 21 su ministro de gobierno se negó a refrendar sus disposiciones, y el gobernador debió destituirlo; el 22 la legislatura empezó el juicio político de éste; el 23 el gobernador dio un manifiesto "haciendo responsables a los Taboada", y trató de fugarse en un carruaje particular. Taboada consiguió capturarlo y lo devolvió a la ciudad. El 24, protegido por el juez federal, tomó la mensajería y llegado a los límites de Córdoba pidió a Buenos Aires la intervención, porque "un hombre de levita como él, debía ser protegido frente a los caudillejos retrógrados"; hacía la historia de los Taboada —sus parientes— y aducía consideraciones morales. La legislatura lo destituye el 27 por "haberse ausentado de la provincia sin autorización".

El gobierno de Sarmiento, por consejo de Vélez Sarsfield, mandó el pedido de Montes al congreso "omitiendo su juicio"; diciendo solamente que "se sometería a su decisión" no obstante que el presidente era enemigo de Taboada. El congreso, por voto casi general, entendió no haber lugar a intervención; Mitre dijo que "el congreso no debe emitir opiniones como historiador o moralista", su correligionario Torrent que "la situación social de Santiago del Estero (con Taboada) era la propia de un pueblo morigerado y cristiano" (*Senado*, 22 de setiembre de 1871).

Muerto Urquiza en 1870 y vencida la milicia con López Jordán, el manejo de Entre Ríos pasó a "gobernadores" impuestos por las fuerzas de línea. Después del fallecimiento de Manuel Taboada en setiembre de 1871, inútilmente tratará su sobrino Absalón Ibarra de mantener el predominio del clan gobernante; será fácil a Gregorio Santillán desbaratarlo en 1874 apoyándose en las fuerzas nacionales.

En las provincias del noroeste no se convocaban las milicias, que hubiera sido un suicidio por mantenerse obstinadamente federales. Las oligarquías gobernantes se apoyaban en el *escuadrón* de pocos vigilantes que el exiguo presupuesto permitía. El órgano de la oligarquía era la "sala legislativa" que elegía al gobernador y lo manejaba, cumpliéndose la regla republicana que aquélla legislase y éste ejecutase. No por respeto a la letra de las constituciones copiadas, sino porque desaparecidos los caudillos populares, los "señores" (ahora "doctores") eran el eje de la vida política.

Los "señores" estaban divididos por banderías políticas o rencillas familiares. No gobernaba toda la oligarquía aldeana, sino una fracción. En Córdoba las familias de tradición federal (Guzmán, Achával, Luque, Ferreyra) debieron ceder a los Posse, de la Peña o Funes de origen liberal. En Mendoza disputaban los Villanueva y los Civit; en San Juan los Videla y Zavalla; en San Luis los Quiroga, Saa y Rodríguez; en La Rioja los San Román, Dávila, de la Vega y Luna; en Catamarca los Navarro, Molina o Rodríguez, federales "amansados", recogieron la herencia de los inestables gobiernos liberales de los Correa, Omill y Maubecín que quisieron consolidarse en tiempos de Mitre ⁶ (un "partido de los profesores" mantendría ineficazmente con el Dr. Fidel M. Castro la tradición revoltosa de la insignia celeste); en Tucumán la división era entre los Posse y los Frías; en Jujuy disputaban los Aparicio, Sánchez de Bustamante y Alvarado.

⁶ "Los liberales de Catamarca son cuatro gatos —recordamos la expresión de Paunero a Mitre en 1862— divididos en bandos de dos gatos; se pelean matándose un gato cada uno" (ver tomo VI).

Las rencillas y enconos de aldea daban lugar a *revoluciones* de los desplazados que consistían en sublevar con unos pesos al comandante del escuadrón, apoderarse del cabildo, secuestrar al gobernador y obligarlo a renunciar; o *juicios políticos* que la sala hacía al gobernador si éste se alzaba contra ella, terminados —si el gobernador tenía padrinos en Buenos Aires— con la clausura del legislativo y el pedido telegráfico de "intervención".

En ambos casos la decisión era del gobierno nacional que *intervenia* en virtud del "artículo 5" para reponer al gobernador, o invocando "los arts. 5 y 6" para deponerlo y presidir nuevas elecciones que daban el gobierno a sus adversarios. Previos luminosos debates en el congreso donde partidarios y contrarios de la *situación* provincial analizaban la medida con citas de constitucionalistas norteamericanos como si se tratase de una interpretación teórica.

Una excepción del cuadro general lo hace Salta, gobernada desde la deposición de José Manuel Saravia en 1852 por una oligarquía tan consecuente consigo misma y celosa de sus fueros comuneros, que sus rencillas no trascendían al orden nacional y nunca fue allí una intervención de las que tanto abundaron en la historia de las otras. El cimbronazo de Pavón pasó sin otra molestia que reemplazar a José María Todd (que se equivocó al aplaudir a Derqui) por Juan N. de Uruburu que corrigió el error aplaudiendo a Mitre. Pero sólo el gobernador cambió, porque las cosas del litoral tenían relativa importancia en la lejana Salta ⁷. Su autonomía se hizo respetar al punto que Salta fue como una Suiza argentina donde los ex gobernadores de otras provincias —el tucumano Celedonio Gutiérrez, el santiagueño Alcorta, el cordobés Allende, etc. — encontraban seguro asilo y hospitalidad generosa.

La condición política no era la misma en el litoral. La aristocracia correntina tuvo arraigo popular y los estancieros liberales (Baibiene, Reguera, Torrent, Lagraña, Díaz de Vivar) disputaban el gobierno a los estancieros federales —después "autonomistas"— (Cáceres, López, Madariaga) en guerras civiles que arrastraban miles de partidarios tras la insignia celeste o la colorada. Eran aristocracias turnantes y no caudillos más o menos populares (que sólo encontramos al finalizar el siglo con Juan Esteban Martínez o Juan Ramón Vidal). Para amoldarse al tono universitario del país, los hijos doctores de los estancieros se sentaban en la legislatura, administraban desde los ministerios, o iban como diputados nacionales a Buenos Aires.

En Santa Fe a los liberales Cullen y sus parientes los Oroño, Iturraspe, Leiva, Aldao, sucedieron los federales "amansados" Cabal, Iriondo, Zavalla, cuyo hombre fuerte fue el Dr. Simón de Iriondo que manejó la provincia desde 1867 hasta su muerte en 1882.

En Entre Ríos la derrota de la milicia con López Jordán permitió el poder a quienes supieron apoyarse en las fuerzas de línea del general Ayala.

En Buenos Aires, Adolfo Alsina supo recoger en favor de los crudos en 1863, los restos de la chupandina de 1857, y a su través algo del viejo federalismo de Rosas. No puede decirse que los gobiernos autonomistas de Buenos Aires (Alsina en 1866, Emilio Castro en 1868, Mariano Acosta en 1872, Carlos Casares en 1875) fueran más populares que sus oponentes mitristas, ni creer que representaban la línea federal, y éstos la unitaria. Ambos, alsinistas o mitristas, eran parte de la misma oligarquía; y si Alsina por su habilidad electorera supo acercarse más a las masas y venció al mitrismo en 1866, no pudo mantener la opinión a su favor y debió recurrir a los fraudes de 1874.

La realidad política de Buenos Aires no estaba en el gobernador, ni en la legislatura, ni en el ministerio, ni tampoco en Alsina o Mitre, a lo menos exclusivamente. La realidad eran los *clubs* que hacían las candidaturas y orientaba al gobierno o a la oposición. En una primera instancia los colindantes, *club de la Libertad* de Perú hacia Potosí (hoy Alsina) para los crudos, y *club del Pueblo* de Perú hacia Moreno para los cocidos, arrastrados por oradores de palabras encendidas como en los clubes de la revolución francesa (Alsina, Avellaneda, del Valle en el primero; Juan Chassaing y Manuel Argerich en el segundo) preparaban las listas o sugerían los actos de gobierno. Que en el ambiente más tranquilo del *club del Progreso* de Perú y Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen), integrado indistintamente por mitristas y alsinistas, los prohombres adversarios discutían amablemente. De allí salían los gobernadores (la regla autonomista era buscar un estanciero de prestigio: Castro, Acosta, Casares); los ministros, entresacados de los abogados

jóvenes y brillantes (Nicolás Avellaneda en 1866, Antonio Malaver en 1872, Aristóbulo del Valle en 1875, Vicente Quesada en 1877), y se llenaban las bancas de la legislatura, más codiciadas que las del congreso.

⁷ En mayo de 1864, gobernando don Juan de Uruburu, su sobrino José Uruburu hizo una revolución apoyado en una compañía de línea. El pretexto o motivo era que a don Cleto Aguirre, candidato de la oligarquía para suceder a su tío, lo apoyaban también los antiguos federales y "era hora de establecer en la provincia los principios salvadores de Pavón". La revolución de los Uruburu fue sangrienta, pero no alcanzó a triunfar porque la oligarquía movilizó las milicias y con ellas venció a las tropas de línea. El gobierno de Mitre mandó un proyecto de intervención al congreso, pero no se atrevió a insistir ante el pronunciamiento casi unánime de Salta y la derrota de las fuerzas nacionales.

En 1869 Julio A. Roca —entonces comandante— fue encargado de batir a Felipe Varela cuyas montoneras habían reaparecido en la zona de Atacama. No se limitó a vencer a éstas en *Pastos Grandes* (12 de enero) y quiso pesar en la política salteña. La reacción de los provincianos fue unánime, y a Roca debió trasladárselo a otro destino.

"Luz del Día" de Alberdi.

En febrero de 1871 Alberdi publica en Londres *Peregrinación de Luz del Día o Viajes y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo*, áspero libro que caricaturiza la Argentina que había contribuido a formar.

"La Verdad se determinó un día de mal humor a emigrar al Nuevo Mundo". Con el nombre de Luz del Día llega a Buenos Aires encontrando que los clásicos villanos de la literatura, Tartufo, Don Basilio, Gil Blas habían "emigrado a este mundo de creyentes fáciles, de ilusiones, esperanzas y riquezas". La Argentina estaba conformada por ellos en "un patriotismo de empresa industrial", sirviéndose de las logias, la prensa y la educación. "Las logias son máquinas de opinión ficticia, talleres de justicia convencional, manufacturas de verdad hechiza, laboratorios de atmósfera moral para dar vida a seres, a ideas, a cosas que hubieran sido destinadas a morir de nacer en su atmósfera natural verdadera" dice Tartufo; "la prensa tiene por objeto ocultar la verdad... en otro tiempo se calumniaba en secreto, hoy se calumnia a la luz del mediodía" corrobora Basilio; la educación consiste en "no estudiar (la verdad), nadie la busca, nadie la quiere, y todos la evitan como causa de antipatía, de pobreza, de aislamiento y de inferioridad... la verdad legítima es la hecha por el legislador. No hay un hombre aquí que no sea un adorador y apóstol furioso de la verdad, con tal que sea la verdad de su hechura", agrega el mismo Basilio.

Los nuevos dueños de la Argentina cambiaron la historia valiéndose de la prensa, el libro, la educación y las logias. "Nuestro Plutarco en su calidad de educacionista ha escrito la vida de nuestros bandidos para servir a la educación moral de la juventud... —dice Tartufo—. Si el tirano o el malvado, como se llama siempre al hombre-obstáculo, llega a ser suprimido por los suyos propios con la alianza de sus enemigos,...no faltaría más que dejarle morir impunemente para hacerle ganar la palma del martirio y seguir dañando desde la tumba nuestros intereses con ese fantasma de martirio heroico en que creen a pie juntillo los papamoscas que forman el pueblo soberano. Basilio se encarga de suprimirlo y esculpir en su epitafio las palabras ladrón, asesino, malvado, embustero, para que el caminante exclame ¡Bendita sea la mano que nos libró de él!".

Los bribones manejan las finanzas argentinas con habilidad. "Como con el dinero se hace el poder, y con el poder se hace la verdad, el derecho, la moral —dice Tartufo—, el dinero es el poder legítimo, la autoridad moral, con él se compra la obediencia, el respeto, el sufragio, las simpatías, las opiniones, las creencias, la fe, la esperanza... Se entrega (el dinero) para trabajos de utilidad pública, o sea muelles, puertos, ferrocarriles, canales, acueductos, diques y telégrafos. Para alimentar esta credulidad tengo mi sacerdocio y mi cátedra que son los escritores y la prensa. La prensa hace atmósfera, tiene una retórica metálica porque sirve para hacer dinero... Para que el dinero sea un instrumento de influencia y de poder, es requisito indispensable que no sea propio. A los hombres y a los pueblos se los compra con su propio dinero, así como se los tiraniza con su propio poder... Para el crédito inteligente, el arte de contar es el arte de mentir por la lengua de los números... Las cuentas públicas demuestran con cifras aritméticas la inversión legal del último centavo de la renta que la realidad demuestra disipada entre diez explotadores de la patria. Todo el arte de esta aritmética de magia descansa en una mera concesión: en que el número 2, por ejemplo, se haga pasar por 4, y el 4 por 14. Con esta simple precaución la lengua de los números viene a ser la lengua de la mentira histórica sin dejar de ser la lengua de la verdad matemática".

El tercer farsante —Gil Blas— se ocupa de las elecciones: "No es poco saber buscar y descubrir un presidente gobernable... Debe tener en apariencia todas las aptitudes del mando, pero en realidad debe carecer de todas. Con el exterior de un gobernante nato, debe ser más gobernable que un esclavo; debe ser un timón con el aire de un timonero, una máquina con figura de maquinista, un carnero con piel de león, un conejo con el cuero de una hiena, un bribón consumado con el aire grave del honor hecho hombre. Debe ser un mentiroso de nacimiento para darse aires de odiar la mentira. El carácter es un escollo y el vicio de decir la verdad es otro. El que ama el poder y aspira a tenerlo debe dejarse mutilar la mano antes de abrirla si está llena de verdades. Gran fama de hombre culto debe tener, pero jamás llegará al poder si su educación ha sido hecha por estudios que ha dejado de hacer en universidades que dejó de frecuentar, en instrucción y conocimientos que se abstuvo de adquirir. Debe tener el talento de ocultar la verdad por la palabra y la prensa. La frase gobierna al mundo a condición de ser vacía".

Cansada de bellacos, Luz del Día busca a los herederos "de la España caballeresca" que debe haber en la Argentina. Encuentra algunos, "extranjeros a las ciudades formadas por el comercio judaico y protestante. Se han quedado en las montañas, en las campañas desiertas, en las soledades mediterráneas... Sus caracteres presentan una incomprensible mezcla de grandeza y de barbarie, de crimen y heroicidad. Así es que de un lado tienen adoradores fanáticos y del otro violentos e implacables enemigos, siendo generosos y desinteresados las más veces, tanto sus amigos como sus enemigos"... "Lo peor de ellos —dice Gil Blas— es que pretenden desacreditar y afean las ocupaciones honestas en que vivimos Basilio, Tartufo y yo. Nos hacen un daño inmenso envolviéndose en corazas vaporosas que llaman honor, probidad, desinterés, patriotismo. Pero nuestro Basilio conoce el arte de meterlos en razón". Es el "arte del exterminio político... asegurando (la impunidad) al patriota ejecutor del crimen" con su arma favorita, "la calumnia de civilización y progreso".

En ese medio corrompido y controlado por Tartufo y los suyos Luz del Día encuentra a Don Quijote más loco que nunca, "que ha hecho de la Libertad su Dulcinea; en España se creía un héroe, aquí se cree un Dios. ¡Que la libertad sea! dice aquí como el que dijo ¡Sea la luz! y el loco queda creído que la libertad ha nacido y es un hecho, porque existe su decreto escrito..., decreta hombres

libres, forma municipales, hace legisladores y electores por la mera virtud de sus decretos escritos... Suprime la historia del país y la complejión o constitución social que un país debe a su historia secular, por un decreto en el cual ordena que lo que ha sucedido, no sea lo que ha sucedido sino lo que ha dejado de suceder... Decreta para su país de constitución o complejión hispanoamericana, la constitución o complejión de Norteamérica, que es la obra natural de los hechos que forman la historia angloamericana... No hay quien disuada a don Quijote que un decreto escrito no es, por sí solo, una *institución*, es decir, un hecho real, por el hecho cierto de estar escrito". Con los carneros de su estancia que por decreto ha hecho nacer hombres libres a la sajona, "suprimiendo a quienes se empeñen en nacer ilegalmente en forma de carneros" hace una república constitucional de vida efímera.

Cansada de bribones y de ilusos, Luz del Día se vuelve al Viejo Mundo.

"Martín Fierro" de Hernández (1871).

El poema Martín Fierro además de la elegía del gaucho tiene un claro simbolismo político. José Hernández acabó de darle forma en 1871 en un hotel de Buenos Aires después de una trashumante vida de periodista y guerrillero. Criado en la estancia de su familia, abrazó con posterioridad a Caseros la causa federal; escribe en *La Reforma Pacífica* de Calvo, y tras Pavón en diarios de Rosario y Paraná; es *paraguayista* cuando la guerra del 65, actúa junto a Evaristo López en Corrientes, y en 1870 toma campo por López Jordán.

Martín Fierro es la "relación / que hace un gaucho perseguido / que padre y marido ha sido / empeñoso y deligente / y sin embargo la gente / lo tiene por un bandido".

Es un poema político. Hernández lo dice: "... mis cantos son / para los unos sonido / y para los otros... intención". Aunque sabe "que es pecado cometido / el decir ciertas verdades..., / he de decir la verdad / de naides soy adulón / aquí no hay imitación / esto es pura realidad".

En la vida del hijo segundo de Martín Fierro, el poeta sintetiza la historia argentina. Alude a la independencia al decir: "Falta el cabeza primario / y los hijos que él sustenta / se dispersan como cuenta / cuando se corta el rosario"; al tiempo de los caudillos cuando una vieja pariente "me recogió a su lado / allí viví sosegado / y de nada carecía". Pero "lo bueno dura poco", y muerta su pariente llegó el juez de paz "hombre de mucha labia / con más leyes que un dotor / me dijo: vos sos menor / y por los años que tienes / no podés manejar bienes / voy a nombrarte un tutor", evidente símbolo de la oligarquía. Entre el juez, el *encargao* de los bienes y el tutor se quedan con todo lo del gaucho no dejándole "ni un trapo / ni pa el frío, ni pa el calor". El tutor —el *Viejo Vizcacha*— "que debía enseñarme a trabajar / y darme la educación", era un "gaucho renegao... lleno de camándulas... con un empaque a lo toro... siembre andaba retobao", y vivía "en los baños como el tero"⁸. La educación consistía en medrar junto a los que mandaban: "Hacete amigo del juez / no les des de qué quejarse... nunca le lleves la contra / porque él manda la gavilla"; / "el que gana su comida / güeno es que en silencio coma". La moral era no afligirse por nada: "el cerdo vive tan gordo / y se come hasta los hijos".

En Picardía, el hijo del sargento Cruz, muestra el destino del criollo que malvive como jugador ventajero y elemento de comité porque se le dijo que era hijo de un bandido; pero cuando supo que su padre "era el guapo sargento Cruz... que yendo con una partida / había jugao la vida / por defender a un valiente... / juré tener enmienda / y lo conseguí de veras, / puedo decir ande quiera / que si faltas he tenido / de todas me he corregido / dende que supe quién era".

En contraposición con los consejos del Viejo Vizcacha, Martín Fierro da consejos morales a sus hijos y al hijo de Cruz: "los hermanos sean unidos... / que si entre ellos pelean / los devoran los de afuera"; se lamenta que "naides toma a pecho / el defender a su raza", aunque tiene la certeza que han de concluir algún día / estos enriedos malditos". No por los políticos falsamente amigos del pueblo: "de nuestros males / hablan mucho los puebleros", pero "aumentan el fandango / los que están, como el chimango / sobre el cuero y dando gritos". Debe ser obra del pueblo mismo, "que el fuego pa calentar / debe ir siempre por debajo". Alienta por boca de Cruz una promesa mesiánica en la restauración de la Argentina: "Y dejo rodar la bola / que algún día se ha'e parar / tiene el gaucho que aguantar / hasta que lo trague el hoyo / o hasta que venga algún criollo / en esta tierra a mandar".

⁸ La caricatura de Sarmiento, entonces presidente de la República y de quien Hernández era enemigo político y hasta personal (llegó a abofetearlo en la calle), es perceptible. El presidente renegaba en sus libros de su raza, tenía un *empaque a lo toro*, era *lleno de camándulas*, siempre *andaba retobao*, y pasaba los fines de semana en su isla del Carapachay en el Delta, cosa entonces desacostumbrada. En otros versos se alude a su vida privada y volterianismo religioso: "Dende joven fue casao / aunque yo lo desconfío / ... mató a la mujer de un palo / porque le dio un mate frío"; "maldecía al Padre Eterno / como a los santos benditos / pidiéndole al diablo a gritos / que lo llevara al infierno. . . / cuando vía una reliquia / se ponía como azogado, / como si a un endemoniado / le echaran agua bendita".

2. DESPUÉS DEL OCHENTA

La generación del Ochenta.

Los nacidos hacia la cuarta década del siglo —José Manuel Estrada, Ignacio Pirovano, Amancio Alcorta, Leandro Alem, Juan José Romero, Miguel Goyena en 1842; Pedro Goyena, Julio Roca, Eugenio Cambaceres, Tristán Achával Rodríguez en 1843; Eduardo Wilde, Miguel Juárez Celman, Norberto Quirno Costa en 1844; Bonifacio Lastra en 1845; Carlos Pellegrini, Mariano Demaría, José Antonio Terry, José María Rosa en 1846; Aristóbulo del Valle en 1847, Lucio Vicente López en 1848, Adolfo Saldías en 1849, Miguel Cané, Roque Sáenz Peña en 1851, Virgilio Tedín, Hipólito Yrigoyen en 1852, y tantos otros que se destacaron en la política, las letras, el foro, las ciencias y la milicia— tuvieron la responsabilidad de formar la primera generación educada por el liberalismo triunfante. En la universidad de Córdoba con el rectorado del doctor Manuel Lucero, y en Buenos